

RECONOCIMIENTO,
ADMIRACIÓN
Y CARIÑO.
IN MEMORIAM JULIA
SIERRA MONCAYO

*Jaime Ruiz de Santiago**

Reconocimiento. Es una experiencia común el que la muerte de un ser querido representa un golpe de hondas profundidades psicológicas y metafísicas, sobre todo cuando ocurre de manera imprevista, inesperada. Significa una dolorosa separación, un violento resquebrajamiento de nuestra propia historia personal, incluso cuando afirman los creyentes (y Julia lo era de manera radical) que esta vida es pasajera, pues, como señala la liturgia de los difuntos, “la vida de los que en Ti creen, Señor, no termina, tan solo se transforma”.

En mi recuerdo personal, Julia aparece de manera significativa cuando me encontré nuevamente en el ITAM (y digo “nuevamente”, porque había formado parte de su claustro muchos años antes, brevemente, cuando el Instituto se encontraba todavía en la calle de Marina Nacional) tras haber terminado mis tareas en el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados. Desde que inicié mis actividades como profesor invitado en el Departamento Académico de Estudios Generales, la persona de Julia se destacó como parte de un grupo selecto de nuevos colegas que constituían este Departamento: el maestro José Ramón Benito, el doctor Carlos de la Isla, el doctor Carlos McCadden, el doctor Reynaldo Sordo, el doctor Raúl Figueroa, el maestro Patricio Sepúlveda, el maestro Antonio Díez, la maestra Margarita Aguilera y muchos más. Pronto me hice consciente de que aunque llevaban a cabo un trabajo de equipo que se

*Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

dedicaba con ahínco a hacer realidad la filosofía y los objetivos de la institución, cada uno de ellos marcaba de manera propia y personal la contribución que realizaba al paso de los diferentes semestres.

La entrega a los trabajos de investigación y docencia por parte de Julia poseía indudables notas personales, que reflejaban sus cualidades propias: seriedad en la tarea a la cual se entregaba, excelentes calificaciones profesionales y humanas avaladas por su formación universitaria de carácter humanista, entrega completa a los estudiantes que tenían la suerte de recibir sus enseñanzas, capacidad para trabajar junto con sus colegas, con quienes compartía su saber adquirido a lo largo de muchos años y quienes disfrutaban igualmente de su apertura cariñosa, siempre positiva y benévola.

Quienes hemos sido compañeros de su actividad profesional en el ITAM conocimos bien su dedicación a tareas aparentemente insignificantes y banales, pero que resultan de gran importancia en la estructuración de las materias que integran los diferentes cursos de Estudios Generales: discusión y programación de temarios, búsqueda de los autores y temas más adecuados para la composición de los volúmenes que sirven de apoyo a las materias impartidas por el Departamento de Estudios Generales, seguimiento de los logros, etc. A la par de tales tareas, Julia supo llevar a cabo una muy seria investigación profesional, apreciada y reconocida por sus colegas y por diversos medios profesionales, que se materializó en diversos artículos publicados (entre otros lugares, pero de manera particular, por ese órgano de expresión del Departamento de Estudios Generales que es la revista *Estudios*), al igual que en los *Atlas de México*, y en especial en ese *Atlas de México Conmemorativo 1810-1910-2010*, publicado en coedición por el ITAM y el Senado de la República. Todo ello revela una admirable competencia profesional, que Julia compartió siempre con generosidad y buen humor. Su sonrisa era permanente; su disposición, invariable y de gran calidad para colaborar en las más diversas tareas en las cuales se empeñó.

Admiración. Las cualidades señaladas siempre despertaron un reconocimiento que conducía naturalmente a la admiración. Muchos fueron los temas de los que hablamos y que discutimos: el sentido profunda-

mente humano que debería realizar el Departamento de Estudios Generales, la metodología adecuada para esos cursos, la calidad de los textos que se presentaban en los diferentes comités para una posible inclusión en el temario general, el origen de las ideas de gobierno democrático en Estados Unidos, la importancia y sentido de la Escuela de los Anales, etc. De entre todos, no puedo menos que recordar sus luminosas reflexiones sobre el “discurso acerca del Otro”, fundado en diversos pensadores personalistas (a muchos de los cuales había conocido y tratado durante sus estudios en Francia, como Emmanuel Mounier, Ferdinand Ebner o Jacques Maritain) y estructurado en la concreta relación “con el Otro” gracias a la obra de Martin Buber y Emmanuel Lévinas.

Estas reflexiones me fueron de ayuda indudable para situar mejor el sentido con el cual se deben tratar de resolver fenómenos tan importantes como el sentido de vivir en la ciudad o la trascendencia de las migraciones. Gracias a un constante diálogo con Julia pude percibir cómo la obra del genial Francisco de Vitoria permite hablar del mundo como de una totalidad incluyente (es el sentido del *totus orbis*), del mismo modo como las reflexiones de Emanuel Kant señalan igualmente que el mundo ha sido dado como bien común a todos los hombres, de modo tal que los diferentes Estados deben formar una especie de federación en la que ha de favorecerse y prevalecer la humana virtud de la hospitalidad. En estos pensadores, tan conocidos por Julia, se funda la profunda invitación para realizar el esfuerzo de encontrar al Otro, descubrir sus riquezas y admirar sus cualidades. Así es posible darse cuenta de que cada ser humano no es tan solo un compañero en nuestro caminar terrestre, sino que también se transforma fácilmente en nuestro maestro y en un poderoso aliciente para marchar juntos hacia el Bien. Con Julia podía comprender que a esta aventura invita la obra de Ryszard Kapuscinski y, sobre todo, la de Zygmunt Bauman.

Tal fue el camino que pude recorrer con María Julia Sierra: a conocerla siguió naturalmente el reconocimiento y este se transformó en admiración.

Cariño. La obra de Julia tuvo, además de representar una colaboración fundamental en la realización humanística perseguida por el

ITAM, una importante presencia en el ámbito internacional. En efecto, María Julia Sierra participó en el diálogo, sobre todo americano, dedicado al sentido que deben tener en la formación universitaria los estudios generales, en diversas instituciones de formación superior de Honduras, Perú, Ecuador, República Dominicana, Costa Rica, Estados Unidos y otros países. Esto abrió la puerta para que el esfuerzo realizado por el ITAM fuera ampliamente conocido y respetado, y ha sido semilla fecunda para que, en este mundo atravesado por cambios tan cuantitativos y profundos, se abran los caminos para lo que se logre en el futuro.

Gracias a esta dimensión pude comprender mejor (en esas largas conversaciones que se realizaban periódicamente, con la presencia de la doctora Sierra no solo en los comités que integran el Departamento de Estudios Generales, sino también en cafeterías y restaurantes e incluso en su propio hogar, pues ella abría generosamente las puertas de su casa para continuar nuestras inacabables discusiones disfrutando los platos que preparaba con esmero) que la selección de textos de importantes autores obedecía a la preocupación de que los alumnos comprendieran las ideas que han formado nuestro mundo, las instituciones sociales y políticas que han producido y los problemas que se presentan en el mundo contemporáneo. Y más allá de esta tarea, lo fundamental está constituido por la ayuda que se debe prestar para formar personas que enfrenten el futuro de manera crítica y responsable. Si el pasado y el presente son dimensiones básicas de nuestra existencia, el porvenir es la dimensión que debe suscitar constantes interrogantes en la educación, para que las nuevas generaciones lo vivan con madurez profesional y humana.

María Julia Sierra supo comunicar siempre la urgencia de esta tarea y la seriedad con la cual debe ser resuelta. Esta entrega, de la cual dio siempre ejemplo, hacía nacer, de manera natural, un enorme cariño hacia su persona.

Si su formación era admirable, si su magisterio fue siempre espléndido, las cualidades personales que la constituían conducían a una relación de profundo cariño. Su gentil sonrisa era de una mujer admirada y, sobre todo, de una muy apreciada amiga. Constituía una permanente invitación a la confianza, al esfuerzo renovado y a la entrega en el trabajo.

En el momento en que la querida Julia parte, uno siente en carne viva el dolor de la separación. Su presencia, más viva por la ausencia, nos sigue alentando e invitando a continuar una tarea siempre inacabada: la de formar seres humanos íntegros. Ella ha entrado en ese reino en el que finalmente puede ver, en tanto que nosotros continuamos tratando de vivir en la esperanza.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.

SEMBLANZA Y MEMORIA DE JULIA SIERRA MONCAYO

*José Manuel Orozco Garibay**

Conocí a Julia Sierra Moncayo hace treinta y dos años. En esos tiempos, empecé a colaborar como profesor de medio tiempo en el ITAM. Julia ocupaba en el segundo piso del Departamento Académico de Estudios Generales un cubículo en cuya puerta se leía Julia Sierra Prieto. Todo el tiempo que la vi llevó en su corazón el amor por Francisco. Ese cubículo se convirtió en parada obligada. Llegaban Antonio Díez, Reynaldo Sordo, Margarita Aguilera, Raúl Figueroa, el maestro José Ramón Benito y puedo seguir. Era inimaginable no hablar con Julia un rato cada día. A su lado, estaba el cubículo de Reynaldo Sordo. A la izquierda el de Margarita Aguilera. Los tres formaron parte de mi vida. Fueron tres años inolvidables. Casi todos los días hablábamos de política, de los problemas del ITAM, de la situación social, de dificultades personales, de las responsabilidades en el Departamento.

Recuerdo a Julia con un vestido siempre elegante, impecable. Su oficina llena de libros, su mesa ordenada, su botellón con caramelos que ofrecía a todos los que entrábamos. Sus eternos cigarrillos Baronet y su risa franca, fuerte, plena de vida. Esa risa capaz de curar toda posible herida, era algo que en todo momento se disfrutaba. Muchas fueron las horas de diálogo en diferentes momentos de la semana, y la oficina de Julia, a esas horas, se convertía un centro de convivencia, siempre

*Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.